

**ESTADO, ECONOMÍA SALINERA Y EXPANSIÓN
PECUARIA
EN BUENOS AIRES (1650-1810)**



Doctorando

Lucio B. Mir

USAL
UNIVERSIDAD
del Salvador
Facultad de Filosofía, Historia y Letras
Doctorado en Historia
2011

RA. MARIA AUREA NICOLETTI
Directora

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo I: El ascenso de Buenos Aires	8
-El mito de una economía cerrada	8
-Intereses rurales y dinámica exportadora	40
-La sal de la pampa: abasto y poder público	85
-Una nueva apertura comercial	105
-Frontera y fricciones con el mundo indígena	117
Capítulo II: La expansión ganadera	133
-Las condiciones de Utrecht	134
-Ganadería y comercio exterior de cueros	138
-Fin de las vaquerías y cambio estructural	166
-La expansión ganadera	177
-Estado colonial y gran propiedad	188
-El salto cuantitativo	242
Capítulo III: El proceso de jerarquización agraria	253
-Economía salinera y expansión comercial	253
-Negocios legales y contrabando	264
-Estado y arriendo de las Salinas	275
-Un intento privatista	282
-Circuitos salineros y estructuras de poder	301
-El proyecto borbónico en el Río de la Plata	334
-En busca de la nueva frontera	346
-Estado y política indígena	359
Capítulo IV: Estado, frontera y comercio salinero a fines de la colonia	372
-Los fundamentos de la política económica	372
-El nuevo Estado: cambios y permanencias	396
-Expansión ganadera y control territorial: la misión de Pablo Zizur	436
-Los límites del proyecto metropolitano	456
Conclusiones	477
Fuentes y bibliografía general	484

CUADROS, GRÁFICOS Y MAPAS

Lista de Cuadros

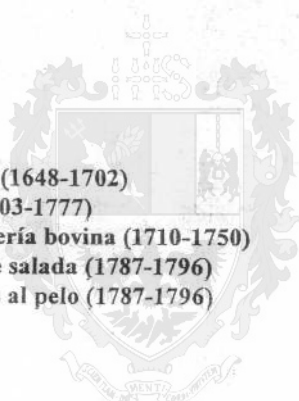
Cuadro I: Navíos de Registro (1670-1700)	35
Cuadro II: Comerciantes estancieros (1684-1760)	200
Cuadro III: Productos de exportación (1796-1798)	454

Lista de Gráficos

Gráfico I: Exportaciones de cueros (1648-1702)	42
Gráfico II: Movimiento naviero (1703-1777)	144
Gráfico III: Expansión de la ganadería bovina (1710-1750)	252
Gráfico IV: Exportaciones de carne salada (1787-1796)	448
Gráfico V: Exportaciones de cueros al pelo (1787-1796)	449

Mapas

Mapa I: Camino Real de Las Salinas	128
------------------------------------	-----



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

INTRODUCCIÓN

Esta investigación aborda una red de problemas que atañe a la estructuración de una economía colonial: la economía ganadera de Buenos Aires. El eje interpretativo gira en torno a las relaciones entre Estado, abasto salinero y expansión pecuaria durante el período 1650-1810, período que, al menos hasta 1750, se visualiza entre los más descuidados por la historiografía argentina.

El trabajo indaga el proceso de cambio de la ganadería y reformula su desempeño revisando la labor historiográfica que, en las tres últimas décadas, ha realizado serias objeciones al enfoque "tradicional". Aunque no ajeno a las premisas que presiden la matriz interpretativa de tal enfoque, este trabajo asume el riesgo de ofrecer un abordaje integral, por cuanto las estructuras analizadas comportan fragmentos de la realidad que pretenden ser releídas en clave totalizadora. Los aportes más recientes han contribuido a una fecunda revitalización de la investigación científica y proyectan miradas disímiles

aunque coherentes en cuanto a sus líneas medulares: predomina en ellos la tesis según la cual la elite porteña siempre operó de espaldas a los intereses agrarios.

El análisis propuesto supone entonces un replanteo crítico, pues guarda considerable distancia del tratamiento que tiende a prevalecer en la historiografía. Su punto de partida excede el período cronológico priorizado, por cuanto gran parte de los estudios reporta preferencia por la especificidad del régimen virreinal (1776-1810), con énfasis en planteos sectorizados y desde marcos teóricos que relativizan los factores políticos e institucionales en el funcionamiento de la economía.

En esta investigación el problema se focaliza en el cambio económico y desnuda parte de sus implicaciones en términos de larga duración, con eje en el *modus operandi* de los actores sociales más destacados. La expansión europea gravitó fuertemente en el cambio estructural, en cuyo despliegue el empresariado porteño poco se ciñe al perfil que sólo parece admitir funciones de acople y posicionamiento pasivo a los avatares del comercio ultramarino: es preciso comprender las estrategias adoptadas por la elite para ejercer control sobre los factores que interactuaron en el proceso de acumulación.

Entre los antecedentes historiográficos sobre las características del comercio exterior existen investigaciones de diversa índole, si bien no son muchos los trabajos que van más allá de una descripción del contrabando y los navíos de registro¹; de ahí que este

¹ Entre los artículos pioneros cabe citar el de José Torre Revello, "Los navíos de registro en el Río de la Plata (1595-1700)", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, XXXIV, Buenos Aires, 1963. Un libro de amplia difusión es el de Sergio Villalobos R., *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y*

estudio apunta a reexaminar la influencia de la expansión comercial europea desde otra perspectiva, para lo cual fue preciso utilizar un amplio *corpus* de fuentes directas; de modo análogo cabe evaluar los problemas relativos al Estado y sus relaciones con la estructura agraria: el estudio de la gran propiedad en la segunda mitad del siglo XVII y la primera del XVIII reconoce una atención marginal en la reciente historiografía académica, que concentró sus objetivos en el sistema económico del Virreinato².

La profundidad de la apertura comercial permite dimensionar el alcance del proceso de cambio, cuyos rasgos más visibles parecen contradecir los renovados fundamentos de la versión canónica. El paradigma dominante sólo identifica a la elite con el comercio mayorista, interpretación que congrega a sus exponentes más encumbrados entre

Chile, 1700-1811, Buenos Aires, Eudeba, 1965. Asimismo Raúl A. Molina, *Las primeras experiencias comerciales del Plata: el comercio marítimo, 1580-1700*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Dorrego, 1966. Un vuelco significativo en el tratamiento de esta cuestión pero sin un abordaje sistemático de las relaciones del comercio ultramarino con la economía agraria corresponde a Zacarías Moutoukias, *Contrabando y control colonial en el siglo XVII. Buenos Aires, el Atlántico y el espacio peruano*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988. Para la primera mitad del siglo XVIII ver el trabajo de Carlos S. A. Segreti, *Temas de historia colonial (Comercio e injerencia extranjera)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1987. Aunque con epicentro en la Banda Oriental, el artículo de Fernando Jumar representa un avance decisivo: "Colonia del Sacramento y el complejo portuario rioplatense, 1716-1778", en Hernán Asdrúbal Silva (dir.), *Los caminos del Mercosur. Historia Económica Regional. Etapa Colonial*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2004. Una investigación de referencia obligada sobre la época tardocolonial pertenece a Marcela Tejerina, *Luso-brasileños en el Buenos Aires virreinal. Trabajo, negocios e intereses en la plaza naviera y comercial*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2004.

² Los aportes importantes que en cierta medida contradicen esta tendencia, aunque la mayoría con eje en procesos demográficos, remiten a César A. García Belsunce, *El pago de la Magdalena. Su población (1600-1765)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2003; César A. García Belsunce y Susana R. Frías (coords.) *La agregación en Buenos Aires (primera mitad del siglo XVIII)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2000; José Luis Moreno, "Población y sociedad en el Buenos Aires rural a fines del siglo XVIII", en Juan C. Garavaglia y José L. Moreno (comps.), *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, pp.22-48 (en rigor estudia la estructura agraria de las décadas centrales del XVIII); Mariana Canedo, "Colonización temprana y producción ganadera de la campaña bonaerense. 'Los Arroyos' a mediados del siglo XVIII", *ibidem*, pp.49-74; César y Vilma Sanz, "La ocupación de tierras en el pago de la Magdalena. De los primeros repartimientos hasta la ocupación de comienzos del siglo XIX", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, La Plata, 1, 2000, pp.9-24; Adela M. Salas, *El pago de La Matanza. Población y sociedad (1700-1765)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia-Universidad del Salvador, 2006; Sandra Olivero, *Sociedad y economía en San Isidro colonial. Buenos Aires, siglo XVIII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2006.

quienes son herederos de los viejos maestros³ que, con apoyo en una relectura profesional de la historia agraria, reproponen los hitos fundacionales del saber historiográfico.

Si el patrón básico de la economía bonaerense reposaba en la exportación de metales preciosos gracias a su fluida articulación con la cuenca altoperuana, las condiciones que forjaron los sistemas productivos desbordan los estrechos límites que se suelen asignar desde vertientes reduccionistas: el dinamismo portuario da cuenta de una economía compleja, que exige elaborar respuestas superadoras a funcionamientos “marginales” y recalibrar los supuestos con que se encaran estos problemas.

Ello explica el interés dispensado al rol de los mercados regionales y externos en el cambio económico y su correlato en las variantes para absorber los desajustes que acompañaron la evolución del proceso aperturista. El trabajo procura avanzar en el descentramiento de las líneas directrices que tienden a circunscribir el desempeño de la elite al juego del comercio exterior, lo que reinstala el alcance del latifundio y la dinámica del sector terrateniente, cuyo peso en la economía se interpreta tardío y asociado a la creación del Virreinato: es cuestionable que el año 1776 marque de por sí el punto de arranque que sentó las bases para una inserción estructural del poder económico en el universo de intereses rurales; es asimismo dudoso que la industria de

³ Ricardo Levene y Tulio Halperin Donghi se cuentan entre los autores que integran el elenco que ha realizado aportes sustantivos sobre la historia económica del periodo tardocolonial.

carnes saladas tuviera su origen durante el surgimiento del orden virreinal, que la historiografía acepta como actividad naciente a partir de las últimas reformas borbónicas.

La imagen resultante de esta interpretación es bien conocida y pretende perpetuarse sin fisuras: la elite era reacia a invertir en el campo, no existían latifundios y hubo que aguardar hasta las grandes innovaciones de Carlos III (sobre todo con el Reglamento de 1778) para que emerja la plataforma propicia que suscita un relativo interés de la elite por la actividad pecuaria y sus negocios afines. En cambio, nuestro objetivo apunta a replantear la importancia de la ganadería en las políticas del Estado y su rol en el abasto salinero, y resignificar el perfil de una elite cuyo comportamiento permite reformular el enfoque de los aportes más representativos.

El año 1650 señala el inicio de un proceso expansivo del negocio exportador de cueros basado en hatos cimarrones, explicable en el movimiento de navíos holandeses, luso-brasileños y franceses (atraídos por el tráfico metalífero y subproductos pecuarios), lo que acrecienta las empresas de vaquerías en la campaña bonaerense, Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos. El auge mercantil porteño debilitaba a los beneficiarios del monopolio español, pues su crecimiento discurría al margen del circuito oficial y como avanzada en América de las corrientes comerciales del norte de Europa.

El comportamiento del Estado colonial y de la elite económica vuelve inteligible una constelación de poderes inmersa en la estructura agraria (ámbito donde coexistía una economía campesina junto a medianos y grandes propietarios), fenómeno hasta cierto punto relegado por el impacto del comercio ilícito de metales preciosos en el patrón de acumulación: postulamos la hipótesis de un proceso de cambio que, desde mediados del siglo XVII, también se nutría de una peculiar ganadería, sujeta a las vicisitudes de los mercados regionales y externos⁴.

Para viabilizar parte de la operatoria exterior, el Estado organizó una economía salinera, toda vez que el comercio de carnes y cueros dependía en buena medida de la disponibilidad de cloruro de sodio, cuyo tratamiento reconoce hasta ahora escasa atención en el quehacer historiográfico⁵. Desde esta perspectiva, los beneficios que la ganadería y el abasto de sal trajeron aparejados para el sostén del complejo portuario edifican una imagen diferente, que permite avanzar hacia una comprensión totalizante respecto de la historiografía mencionada.

⁴ Sobre la economía ganadera es importante el trabajo de Alfredo Juan Montoya, *Cómo evolucionó la ganadería en la época del Virreinato*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1984, una obra donde se analiza con sustento documental el proceso de los siglos XVI, XVII y XVIII. Igualmente valiosa es la contribución de Norberto Ras, *Crónica de la frontera sur*, Buenos Aires, Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, 11, 1994. Respecto del rol del Estado colonial, junto al viejo libro de José M. Ots Capdequí, *El Estado español en las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975 (1946), es preciso considerar una reciente investigación: AA.VV., *El Estado y los actores sociales en la historia argentina. Desde sus orígenes al presente*, Buenos Aires, Editorial Biblos, Fundación Simón Rodríguez, 2005.

⁵ De los trabajos tradicionales y con un tratamiento descriptivo remitimos a José Luis Molinari, "Historia de los viajes a las Salinas Grandes de la pampa", *Revista de Historia Americana y Argentina*, Mendoza, 13-14, 1968-1969, pp.113-150 y, recientemente, Gabriel Darío Taruselli, "Las expediciones a Salinas: caravanas en la pampa colonial. El abastecimiento de sal a Buenos Aires (Siglos XVII y XVIII)", *Quinto Sol*, Santa Rosa, Instituto de Estudios Socio-Históricos, 9/10, 2005-2006, pp.125-149.

La elaboración del marco teórico adecuado y el análisis heurístico y hermenéutico de las fuentes autoriza, por tanto, a poner en tela de juicio parte de los supuestos que vertebran el discurso hegemónico sobre las instituciones del Estado, el rol de la elite y los procesos de cambio que afectaron a los sistemas productivos en un contexto expansivo. De ahí el interés por reevaluar el papel asignado al sector terrateniente y sus relaciones con los circuitos que articulan el comercio atlántico, sector cuya importancia redefine su desempeño en la evolución de la economía agraria.

El trabajo se vale de un amplio conjunto de fuentes inéditas, parte de las cuales fueron localizadas en el Archivo General de Indias; el resto del material primario procede de la Biblioteca Nacional (Río de Janeiro), Archivo General de la Nación (Argentina) y diversas colecciones documentales, con cuyo soporte empírico ha sido posible construir un marco teórico para formular las hipótesis centrales: el tratamiento hermenéutico acerca del papel de la elite en la estructuración económica y su inserción en el medio agrario se fundamenta mediante un análisis cuantitativo y cualitativo. Este análisis introduce una revisión historiográfica que impugna el valor explicativo de algunas hipótesis y permite el enriquecimiento del período sobre la base de nueva evidencia.

CAPÍTULO I: EL ASCENSO DE BUENOS AIRES

El mito de una economía cerrada

Durante el siglo XVII la economía de Buenos Aires reposaba sobre dos pilares. Desde inicios de esa centuria la pequeña aldea acentúa su función articuladora entre el Alto Perú y el espacio atlántico, en particular con el Atlántico portugués, pero también con mercados del norte de Europa⁶. El 25 por ciento de la producción potosina de plata y de otros centros mineros eludía el circuito oficial, confluía en Buenos Aires y se exportaba con la anuencia, velada o explícita, de las autoridades coloniales⁷.

El tráfico semiclandestino determinó el enriquecimiento de la élite porteña que, en sorda competencia con el circuito limeño, adquiere un poder cuasi autónomo respecto de la administración virreinal. Ésta poco pudo hacer para controlar un remoto puerto

⁶ Ministério das Relações Exteriores, *Livro Primeiro do Governo do Brasil, 1607-1633*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1958, pp.155-157, Auto de 14 de junio de 1617.

⁷ John R. Fisher, *Relaciones económicas entre España y América hasta la independencia*, Madrid, Mapfre, 1992, p.130; Ruggiero Romano, *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp.131-135.

que se vinculó directamente con las grandes metrópolis, y cuyo “ilícito comercio” era el eje central de su gravitación como plaza naviera.

El contrabando fue entonces el factor que originó el proceso de acumulación, pues el capital mercantil asume un rol decisivo en la economía bonaerense y su lógica reproductiva contribuye a modelar el perfil polivalente de una elite que detentó una posición privilegiada en el comercio atlántico:

En Buenos Aires corre mucho el dinero, que viene del Perú en patacones, barras de plata y piñas de plata virgen y de Chile vienen lingotes y ladrillos de oro⁸.

En igual sentido y por la misma época se pronunció la autoridad virreinal, jefe supremo de la jurisdicción a la que pertenecía la gobernación rioplatense. El testimonio es de primera importancia para evaluar la percepción que tenía respecto del tráfico ilícito de Buenos Aires, y su relieve se acrecienta porque consiste en un documento interno que el alto funcionario saliente elevó a su sucesor:

toda la plata que debiera venir de Potosí y las provincias de arriba para el despacho de las armadas, en el Callao, donde estan asentados los derechos del registro y la avería, se han extraviado sin pagar los unos ni los otros por el puerto de Buenos Aires⁹.

⁸ Barthélemy de Massiac. *Plan français de conquista de Buenos Aires 1660-1693*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999, p.122.

La sustentación de la economía bonaerense dependía, además, de las ganancias aportadas por el negocio pecuario, sujeto a una modalidad destructiva que prevalece en su explotación. Haciendas mansas y ganado salvaje conjugaron un proceso económico centrado en la caza del cimarrón, mientras el sistema productivo se organizó en el "corredor porteño", en cuyo seno la cría de mulas y bovinos pugnaba con factores adversos como las recurrentes secas y los avatares de un espacio abierto, salpicado de chacras y estancias sin cerco.

El comercio de ganado vacuno y mular marcaba el ritmo de los mercados regionales¹⁰ y su amplia red de negocios alcanzó primacía en el funcionamiento de la estructura socioeconómica, propiciando el avance de las fuerzas productivas; sin embargo, el peso de las grandes explotaciones es minimizado y tiende a relegarse en ciertos estudios interpretativos, que realzan la pequeña producción y postulan una ganadería primitiva y marginal¹¹; la débil incidencia de esta actividad en el proceso económico viene a coronar el supuesto teórico que preside tales estudios.

Reducidos los negocios de la elite al comercio ilícito de metales preciosos, eje del sector exportador, el desinterés por la tierra y los ganados habría sido un rasgo

⁹ Biblioteca de Autores Españoles, *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria*, (Perú IV), Madrid, Ediciones Atlas, t. CCI XXXIII, 1979, p. 108, Relación del conde de Alba al conde de Santisteban, Lima (9 de enero de 1662).

¹⁰ Carlos S. Assadourian, *El sistema de la economía colonial. El mercado interior. Regiones y espacio económico*, México, Editorial Nueva Imagen, 1983. Ver también Ruggiero Romano, *Cuyunturas opuestas*, pp. 139-140.

¹¹ Fernando Enrique Barba, *Frontera ganadera y guerra con el indio. La frontera y la ocupación ganadera en Buenos Aires entre los siglos XVIII y XIX*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 1997, p. 12.

característico de su perfil empresarial, lo que conduce a simplificar el desempeño de dicha minoría respecto de las actividades rurales.

Las objeciones a este paradigma historiográfico surgen del análisis de la estructura agraria, cuya economía ganadera diversificó un patrón de acumulación hegemónico por el tráfico metalífero. Si su modalidad predatoria predominó hasta inicios del siglo XVIII, pues la caza de vacunos salvajes bajo licencia capitular fue la principal fuente de provisión de cecinas, cueros, sebos y lenguas¹², el sistema productivo ganadero se revela dinámico y sensiblemente trasvasado por los intereses de la elite porteña.

Grandes, medianos y pequeños productores organizaron haciendas de cría afrontando periódicos desajustes, limitantes en algún punto de sus posibilidades expansivas¹³, sin que ello autorice a justificar una imagen de estancamiento; más aún, la pequeña producción agrícola-ganadera complejiza la realidad socioeconómica, en tanto que el peso de la gran propiedad socava el paradigma que plantea su exigua proyección en la campaña bonaerense¹⁴.

La operatoria del negocio ganadero mutaba según imperativos de los centros argentíferos, pues gran parte de mulas y vacunos se comercializó en pie en las cuencas mineras de Oruro y Potosí; estos mercados absorbían la producción pecuaria de un

¹² Orlando Williams Aizaga, "Evolución histórica de la explotación del ganado vacuno en Buenos Aires", *II Congreso Internacional de Historia de América*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, t. III, 1938, pp.187-188.

¹³ Los pequeños campesinos constituyeron la base de la actividad agrícola del cinturón de quintas de Buenos Aires, labradores arrendatarios en su mayoría.

amplio conjunto regional, cuya fluida articulación reflejó la funcionalidad que el intercambio asumía en la evolución del comercio interior: el tráfico con el Alto Perú reportaba una "...ganancia considerable con beneficio de los vasallos", según un testigo de la época¹⁵.

El componente pecuario del comercio exterior estuvo dominado por las exportaciones de cueros, en sintonía con el proceso predatorio que acompañó su expansión: hacia mediados del siglo XVII acusaron un notable incremento¹⁶. El negocio de corambre vivificaba una red de intereses que rebasó los límites impuestos por la estructura del mercado regional, dado que la demanda preponderante de pieles provino de Europa septentrional.

Otro subproducto de la ganadería vacuna requerido por ciertos mercados externos fue la cecina (carne salada), aun cuando la historiografía postula que su expedición en volúmenes modestos se circunscribe a la primera mitad del siglo XVII (1603-1655), efectuándose en este período cerca de 70 embarques hacia el Brasil y África occidental¹⁷. Era insustituible para la manutención de esclavos, tripulantes de navíos de registro y de bajeles de origen diverso que recalaban en el puerto de Buenos Aires¹⁸.

¹⁴ Eduardo Azevay Ameghino, *El latifundio y la gran propiedad colonial rioplatense*, Buenos Aires, García Cambeiro, 1995.

¹⁵ Gregorio de Robles, *América a fines del siglo XVII. Noticia de los lugares de contrabando (1704)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1980, p.51.

¹⁶ Zacarias Moutoukias, *Contrabando y control colonial en el siglo XVII. Buenos Aires, el Atlántico y el espacio peruano*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988, pp.177-178.

¹⁷ Alfredo J. Montoya, *Historia de los saladeros argentinos*, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1956, p.11. Río de Janeiro, Pernambuco y Angola son los tres destinos documentados.

¹⁸ Horacio C.E. Gibertú, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1986, p.56.

En cuanto a las restricciones del comercio exterior, la actividad exportadora permaneció legalmente cerrada y sólo permisos especiales asignados a navíos de registro permitían cierto empalme con España, la metrópoli titular. El contrabando marcaba el pulso del movimiento portuario, lo que supuso una apertura que flexibilizó su condición de plaza ajena al circuito monopolista: las potencias del norte de Europa traccionaron la demanda externa de productos locales y regionales.

Esta apertura propició negocios espurios con empresarios ávidos de metales preciosos, si bien la campaña generaba excedentes que el tráfico marítimo no hizo sino requerir para la industria europea y el abasto de las embarcaciones. Disputable por su valor comercial, el cuero bovino representó una fuente de ingresos para diversos actores sociales, aun cuando la elite porteña parece haber concentrado parte sustancial de los beneficios, no siempre por vía lícita¹⁹.

El implícito cuestionamiento a la elite por su lógica acumulativa basada en operaciones fraudulentas procede de la Casa de Contratación, testimonio que cabe realzar a la luz de la estructura de poder y su influencia en el proceso económico. Este organismo desliza reparos por una transacción irregular de pieles en la que intervino un empresario naviero y agentes públicos que urdieron la maniobra; además, conceptúa lesivo al interés metropolitano que la ciudad fuese tutelada por comerciantes

¹⁹ Archivo de la Nación Argentina, *Época colonial. Reales cédulas y provisiones (1517-1662)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, t. 1, 1911, pp.415-416. Real Cédula sobre arribadas de navíos (13 de diciembre de 1660).

enriquecidos, prosperidad congruente con un tráfico ilícito que ganaba jerarquía en el sector exportador:

no es lo que conviene al servicio de vuestra Majestad y conservacion de aquel puerto que tenga número crecido de vecinos mercaderes ricos, ni que la conbeniencia de comercio los traiga á él porque de tenerlos se siguen los inconvénientes de allar auio y buen despacho los navíos extranjeros que con mercaderías arriban a él como es tan notorio²⁰.

El escrito advierte al rey sobre una red de intereses que operaba a espaldas de la Corona, red que comercia con potencias hostiles a España y que buscó convalidar su accionar cuando impugna los privilegios legales que el empresario Miguel de Vergara invoca para formalizar un contrato de 14.000 cueros, y que sus enemigos juzgan viciado por manejos turbios; la acusación contra Vergara data de 1678²¹, y trasunta la puja por un negocio cuya incidencia conduce a trazar otro perfil de la elite, que asoma menos homogéneo y en cierto sentido opuesto a la imagen establecida; de allí que resulte pertinente analizar la perspectiva expuesta por el poder metropolitano sobre el comercio de cueros en los mecanismos de acumulación.

La percepción del fenómeno se exterioriza casi como un calco poco después cuando el Consulado de Sevilla reprueba en tono condenatorio las actividades ilícitas de

²⁰ Archivo General de Indias-Sevilla (en adelante AGI), Charcas 288. Informe de la Casa de Contratación (6 de junio de 1679).

²¹ AGI, Contratación 2427. El navío afectado a esta operación era *Nuestra Señora del Rosario*, propiedad de Vergara.

mercaderes y funcionarios porteños, pues "...los magnates del Cabildo quieren hacer monopolio de esta mercadería de corambre"²².

Que las exportaciones de pieles ejercían positiva influencia en la evolución económica de la ciudad y su campaña se infiere de los valores contabilizados que el gobernador comunica a la Corona, testimonio a favor de una línea interpretativa que rescata el alcance de un negocio importante para la sociedad porteña; el comercio exterior de cueros procuró el sustento de una población más supeditada a la ganadería de lo aceptado, y de esto es testigo la máxima autoridad local. En 1677 Andrés de Robles notifica al rey que

desde seis años a esta parte se a servido V.M. en embiar a este puerto siete navios de Registro, de que es constante han percivido los de la corambre que les han vendido mas de 170.000 pesos q. aunque esto no es general en todos, ni reciben en plata toda esta porcion, es en los generos que nesesitan para sus casas y familias, que es lo mismo²³.

Parece lógico que la Corona pondere los negocios porteños en términos inversos al rosario de quejas exteriorizado por el Cabildo, proclive a exagerar la indigencia social de la colonia en cada informe al Consejo de Indias. Entre 1672 y 1677 la operatoria de cueros con los registros sumó un monto superior a 170.000 pesos, lo que implica

²² Lutgardo García Fuentes, *El comercio español con América, 1650-1700*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1980, p.106.

transacciones por valor de 28.000 pesos anuales²⁴; quedan sin considerar los ingresos por tratos con empresarios extranjeros, cuya demanda de corambre contribuye a explicar el dinamismo de este rubro del comercio atlántico; estos valores nada dicen sobre el tráfico de sebo y cecina, cuyas ventas eran habituales con cada partida de navíos.

De aquí inferimos que el valor de los cueros exportados durante el lapso 1672-1677 debe estimarse en 60.000 pesos por año, pues hay que computar las transacciones ilícitas con holandeses y franceses que, como se verá, refuerzan su operatoria en la segunda mitad del siglo, y cuyo giro se situaba en un nivel comparable o superior a los registros: sólo el tráfico de cueros rondaría unos 60.000 pesos, mientras que la venta de otros subproductos (carnes, sebo y tocino) adicionó valores de difícil apreciación; un autor ha calculado que la industria de bastimentos produjo excedentes que oscilaban entre 20.000 y 50.000 pesos anuales²⁵.

Si el Situado potosino importaba alrededor de 80.000 pesos²⁶, concluimos que el comercio exterior de bienes agroganaderos resulta equiparable al numerario establecido en concepto de Situado, lo que evidencia el peso específico del negocio exportador: Buenos Aires pudo atenuar la rigidez de sus fuentes de ingresos gracias a un activo tráfico marítimo.

²³ AGI, Charcas 279. Carta de Andrés de Robles al Consejo de Indias (15 de noviembre de 1677).

²⁴ Operatoria que oculta el valor de los cueros de contrabando traficados por los registros.

²⁵ Zacarías Moutoukias, *Contrabando y control*, p.176.

²⁶ AGI, Contaduría 1909.

Esta indagación permite reformular el esquema interpretativo que desestima el valor de los excedentes agrarios exportados, que el giro comercial con Sevilla canalizó en escala modesta, pues dicho esquema reproduce un erróneo principio de proporcionalidad de cierta aproximación descontextualizada²⁷; el valor del tráfico, que debiera ser evaluado en relación a la demografía local, luce respetable en virtud de la apertura que experimenta la actividad naviera, que no guarda una simetría necesaria con la densidad poblacional, por entonces notoriamente inferior a la de Córdoba y Asunción.

De aquí adviene una perspectiva que contrasta con la imagen paradigmática respecto de la economía bonaerense colonial: aunque el predominio de la elite reposaba en la exportación ilícita de metales preciosos, la estructura socioeconómica reconocía un pronunciado anclaje agrario, cuyo rasgo distintivo se identifica con la actividad pecuaria.

Ello implica que el común de los vecinos organizó su vida económica en función del giro minorista y del medio rural, en tanto que la elite se revela activa en los negocios pecuarios; entre dichos negocios sobresalía el comercio de cueros, el más valorizado de los rubros exportables; pero a diferencia del contrabando de metálico, que enriqueció a un puñado de familias de grandes comerciantes²⁸, los excedentes de la ganadería no sólo

²⁷ Jorge D. Gelman, "Cabildo y élite local: el caso de Buenos Aires en el siglo XVII", *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 6, 1985, pp.3-27.

²⁸ Los beneficios de la elite, *profits upon alienation*, derivaban asimismo de la diferencia de valor entre los precios de compra y los precios de venta de las mercancías, es decir, la lógica de comprar barato y vender caro.

irrogaban beneficios significativos sino que el conjunto del vecindario parece integrado a la red de transacciones.

Dado que la ganadería incumbía a la esfera de intereses de la elite, su operatoria se plasmaba en carácter de intermediaria, accionera y productora, mientras que la base económica del común de los vecinos y de otros actores giró en torno a la actividad ganadera²⁹: traficaron sus bienes en los mercados locales y regionales y trocaban cueros por géneros y “efectos de Castilla”.

Esta aseveración tiene fuerte apoyatura, por cuanto entronca con valoraciones que provienen de testigos directos. En 1658 un mercader vasco dio cuenta de cómo el tráfico ganadero involucró a los vecinos de Buenos Aires, pues señala el perfil diversificado de una estructura comercial trasvasada por múltiples intereses; la descripción de Acarete permite entonces matizar el paradigma interpretativo que absolutiza la exportación de metálico como factor de acumulación, pues

El mayor número de los traficantes en ganados están muy ricos, pero de todos los negociantes los de más importancia son los que comercian en mercancías europeas³⁰.

²⁹ La agricultura, el comercio minorista y diversas actividades secundarias constituyeron, asimismo, la base económica de la sociedad bonaerense.

³⁰ Acarete du Biscay, “Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú” (1658), *La Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, t. XIII, 1867, p.20.

El señalamiento de traficantes ricos no parece compatible con un negocio supuestamente marginal y el perspicaz Acarette, partícipe de operaciones mercantiles, caracterizó el tráfico de ganados como fuente de pingües ganancias; incluso se traslada hasta el Alto Perú para atender sus actividades. Si bien reconoce primacía a los empresarios que manejaban el movimiento ultramarino, el *status* que le asigna al negocio mular y vacuno se avizora alejado de la imagen que sólo quiere otorgarle un lugar muy accesorio en la estructura comercial.

En efecto, la imagen del mercader porteño casi indiferente con el medio agrario deviene inadmisibile, acaso forjada por el lugar hasta cierto punto subalterno que ocuparon los intereses rurales en una constelación de poderes dirigida por quienes "...comercian en mercancías europeas".

Esta imagen soslaya la función del capital mercantil en la economía ganadera, que el desempeño capitular puso al descubierto cuando otorgaba licencias contrariando sus propias normas; la potestad de autorizar vaquerías en beneficio del comercio urbano solía pendular según las vicisitudes del tráfico atlántico, y su acción preceptiva basculó entre restringir la caza de rebaños salvajes y liberar las faenas, pues la dinámica exportadora se resentía por las vedas para resguardar el ganado cimarrón; paralelamente,

el ayuntamiento procuró estimular las explotaciones de cría, por cuanto el bovino doméstico (novillos) era de primera importancia en la alimentación cotidiana³¹.

La pluralidad de intereses en el negocio ganadero surge cuando se rastrean los actores del tráfico, intermediarios que operan en la plaza portuaria y el medio rural. De allí que no sólo fueron los "legítimos accioneros" quienes competían por el negocio de cueros y sebos, sino que mercaderes y agentes de comerciantes mayoristas ingresaban sin licencia a la campaña para sacrificar haciendas, tanto con destino al consumo local como para cumplir contratos de exportación.

El precio final de los cueros solía suscitar fuertes discordias, según se comprueba en 1669 a propósito del acuerdo negociado con dos maestros de navíos; éstos habían formalizado un contrato de compra a 7 reales y medio por unidad, pero el poder público intervino y resolvió fijar el precio en doce reales, justificando el incremento en razón de la considerable distancia de las haciendas; los maestros protestaron, reservándose el derecho de iniciar acciones legales por los perjuicios recibidos³².

El interés por el ganado vacuno generó prácticas abusivas, puesto que el recurso fue tanto más devastado cuanto mayor ímpetu ganaba el juego de fuerzas inmerso en el negocio: el límite del accionar oficial se advierte en los obstáculos que denuncia para ejercer su facultad regulatoria; una resolución capitular previene al gobernador por el

³¹ Héctor A. Cordero, *El primitivo Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1978, pp.182-186.

³² José Antonio Pillado, "El comercio de carnes en la República Argentina", *Censo Agropecuario Nacional. La ganadería y la agricultura en 1908*, Buenos Aires, t. III, 1909, p.339.

delito contra la propiedad pública del cimarrón, y exigía sanciones a mercaderes que capturaban ganado sin someterse a los procedimientos prescritos que, impotente, el Cabildo se empeña en aplicar:

se ympongan graves penas a los Comerciantes que entran y salen de esta ciudad y azen matanzas de ganados en los campos realengos llebando sevo y grassa... (sin que) se guarden cumplan y executen los bandos publicados aziendo matanzas para carnes sevoss y grassas en esta jurisdizion³³.

El escrito alude a la carne, transportada a la ciudad en buenas condiciones luego de ser acecinada en el campo, faena que hizo del cloruro de sodio un insumo de importancia decisiva. Para preparar charque y cecina se utilizaba carne que, en parte, provino de haciendas cimarronas, procedimiento que requería asimismo de animales mansos de explotaciones de cría, como la de Gaspar de Gaete³⁴, cuya estancia de Magdalena sobresale por su cuantioso stock ganadero, inventariado en 1648: se componía de 6.000 vacunos, 2.000 ovinos, 300 yeguas y 100 caballos³⁵. Las faenas para hacer cueros y cecina movilizaban fuerza de trabajo durante todo el año, y la funcionalidad de la sal para la industria de bastimentos se acrecienta con el progreso del comercio marítimo: el tocino

³³ Archivo General de la Nación-Buenos Aires, (en adelante AGN), *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Buenos Aires, t. XIII, 1914, p.394. Acta de 13 de enero de 1672.

³⁴ *Registro Estadístico de Buenos Aires*, t. I (1860), Buenos Aires, 1861, p.67. Concesión de una merced de tierras al capitán Gaspar de Gaete (4 de enero de 1639). Gaete era un importante miembro de la elite, y su trayectoria de funcionario público se constata en sucesivos cargos de alférez real, alcalde provincial y síndico procurador, obteniendo la referida merced cuando se desempeñaba como teniente general de gobernación (1638-1640).

demandado por la tripulación marinera permite esbozar una imagen sobre la escala de la producción porcina.

El consumo de carne fresca luce habitual en una sociedad cuya base alimenticia incluyó aves, pescado, cerdos y lanares³⁶; y si el requerimiento de carne salada acompañó el ritmo del tráfico naviero, el interés por los cueros se concentraba en mercados externos, con las plazas de Rouen (Francia) y Amsterdam (Holanda)³⁷ en primera fila, además de exportarse a España e Inglaterra.

La demanda de sal reflejó exigencias operativas del circuito de abastos, que cubría el mantenimiento de esclavos, peones, tripulantes de navíos y hasta ciertos negocios de exportación, aunque con restricciones. Que el tráfico naviero dependía de la sal se verifica en un contrato de 1639, que estipuló el suministro de carne para la “armada de Pernambuco”; allí se consigna que debían abonarse los “acarretos de la sal” para elaborar tasajo requerido por la “Armada Real de la restauración de Pernambuco, de la ciudad de la Bahia”, sin que se especifique el volumen concertado en esta operación comercial³⁸.

La actividad exportadora no sólo vino apuntalada por necesidades recíprocas sino que las

³⁵ AGN, Sucesiones 6247. Testamento de Gaspar de Gaete (1648).

³⁶ AGN, *Acuerdos*, t. XII, 1914, p. 245. Arancel general (12 de junio de 1665).

³⁷ Rodolfo Puiggrós, *De la Colonia a la Revolución*, Buenos Aires, Editorial Partenón, 3ª ed., 1949, p. 127.

³⁸ *Registro Estadístico de Buenos Aires*, t. II (1866), Buenos Aires, 1869, doc. n° 53, p. 59. Acuerdo de “Hacienda Real” celebrado por el gobernador del Río de la Plata (5 de mayo de 1639).

condiciones del mercado favorecen su desempeño: en la primera mitad del siglo XVII el quintal de tasajo cotizaba el nada exiguo precio de 4 pesos³⁹.

El negocio de abastos experimentó una proyección acorde con las necesidades de las embarcaciones surtas en el puerto, desde que su avío era indispensable a efectos de viabilizar el retorno; en otros términos, la demanda de comestibles reguló la producción de estos bienes y jerarquizaba la economía urbana. La contracara del proceso surge cuando en 1654 las autoridades de Buenos Aires hicieron oír sus quejas porque la sal que llegaba de España fue retenida por mercaderes especuladores, sin que el vecindario lograse recibir cantidades apropiadas para la manufactura de carnes y otros artículos de primera necesidad⁴⁰.

La aguda escasez de sal se correspondía con la logística del flujo naviero, del que procedía parte de los ingresos públicos y privados. El mercado de abastos dependió en buena medida del comercio atlántico, lo que explica que la economía salinera ejerciera sensible influencia: el insumo accionaba una industria crítica para el funcionamiento del complejo portuario⁴¹.

El sector manufacturero movilizó la ocupación familiar e incluyó colectivos de inferior condición socioeconómica; el proceso productivo se basó en procedimientos artesanales

³⁹ Francisco Latzina, "El comercio argentino antaño y hoy", *Censo Agropecuario Nacional. La ganadería y la agricultura en 1908*, t. III, p.563.

⁴⁰ AGI, Charcas 33.

⁴¹ María Isabel Seoane, *Buenos Aires vista por sus procuradores (1580-1821)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1992, p.90.

desprovistos de apoyatura técnica, cuyo conservante escaseaba con frecuencia y resentía el potencial de la actividad:

que los bastimentos que se an de llebar los navios que estan surtos en este pueritto se repartan entre los pobres de esta ciudad para el ajuste⁴².

El Estado colonial intervino para garantizar la distribución de los bienes requeridos por la plaza naviera, toda vez que el mercado de abastos no hizo sino funcionar en un marco de regulaciones; la actividad remite a una industria doméstica organizada sin referencia alguna a establecimientos que concentren el proceso productivo: de factura artesanal, esta industria vendía sus excedentes bajo la estricta vigilancia del gobierno. Importada de la metrópoli, la sal era un insumo costoso que obstaculizó la proyección de la industria carnea: durante todo el siglo XVII su precio había oscilado entre 10 y 15 pesos la fanega⁴³.

Esta industria evolucionó gracias al contexto de apertura que fortalece el desempeño del polo portuario, cuya importancia en servicios especializados viene reafirmada por la jerarquía que exhibe la logística de abastos en el organigrama gubernativo; en 1671 la Corona decide mejorar

⁴² AGN, *Acuerdos*, t. XII, p.27. Acta de 13 de febrero de 1664.

⁴³ Ricardo Levene. *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata*, Buenos Aires, El Ateneo, 2ª ed., t. II, 1952, p.87.

la fortificación y asistencia de gente, artillería, y municiones de que necesita el Presidente de Buenos Ayres, y el nombramiento de personas para sargento Mayor, Maiordomo de Artillería y Tenedor de Bastimentos⁴⁴.

La red de intereses que articuló la economía ganadera incumbía a gran parte de la sociedad porteña, red detectada al analizar un entramado mercantil que excede la esfera de la elite; este argumento adquiere consistencia cuando el soporte empírico elucida el alcance de las transacciones entre los actores implicados, cuyos bienes exportables atañen parcialmente a la operatoria autorizada por la Casa de Contratación.

A diferencia de la industria de bastimentos, en manos de vecinos pobres y de otros actores sumergidos, el comercio de corambre afectaba los intereses del bloque principal del vecindario, por cuanto la elite participó activamente en el negocio. En 1674 se acuerda el embarque de 40.000 cueros, transportados en los navíos *San José*, *Santa María de Lubeque* y *La Soledad* y el *Rosario*, operatoria que benefició a 351 personas y suscita las protestas de quienes fueron excluidos⁴⁵, pues parte de esta transacción consistía en el trueque de corambre por “géneros de Castilla”.

Dado el universo acotado que concierne a la elite, el contrato revela la amplitud de la base social implicada en el tráfico exterior de pieles: si en 1677 los “vecinos” sumaron

⁴⁴ AGI, Charcas 279. Consulta de la Junta de Guerra (12 de junio de 1671).

⁴⁵ AGI, Contratación 2725. Alrededor de 300 familias, unos 1.500 habitantes.

250 individuos⁴⁶, los integrantes de la elite nunca habrían podido rebasar este número:

todo miembro de la elite era vecino más no todo vecino formaba parte de la elite.

Ahora bien, ¿cómo estimar la incidencia de los cueros en el proceso comercial respecto de los restantes rubros pecuarios? El peso de los cueros exportados luce significativo en la estructura de negocios (eje del comercio exterior de origen agrario), aun cuando no siempre superó en valor a los envíos de ganado en pie comercializado durante la segunda mitad del siglo XVII⁴⁷; no todos los cueros procedían de la campaña bonaerense, pues el excedente de diversas regiones del espacio peruano confluía en el puerto, lo que trasunta la rentabilidad del bien exportado.

La corriente exportadora estuvo expuesta a perturbaciones que la volvieron un tanto azarosa (ausencia de barcos para concertar tratos, cueros apolillados en las barracas) a pesar de lo cual el negocio ganadero logró adaptarse sin excesivos desajustes a las recurrentes circunstancias adversas: la vitalidad de los mercados regionales compensaba con creces los límites del comercio atlántico.

Las severas condiciones climáticas acotaban el potencial expansivo de la ganadería vacuna, fuente de ingresos que repercutía en todas las clases sociales: una intensa sequía

⁴⁶ AGI, Charcas 279. Carta de Andrés de Robles al Consejo de Indias (15 de noviembre de 1677).

⁴⁷ La opinión opuesta en Zacarías Moutoukias, *Contrabando y control colonial*, p.177.

restaba efectividad a la caza y reducía la oferta de animales mansos, provocando incrementos de precios de la res destinada al abasto urbano⁴⁸.

El deterioro de los hatos fue asimismo causado por actividades furtivas, que el Cabildo intentó combatir con multas a traficantes que cazaban y ajustaban transacciones de haciendas sin la debida autorización; esta política pretendió disminuir la tendencia a optimizar rendimientos poniendo en crisis la viabilidad del negocio: el Estado procuró vedar la prevaleciente modalidad predatoria y reprimió a quienes realizaban faenas sin distinguir entre rebaños con dueño y hatos cimarrones. Los procedimientos no iban dirigidos a vigilar los arreos de ganado salvaje para repoblar chacras y estancias, sino que buscan controlar las matanzas indiscriminadas en procura de cueros, sebo y cecina⁴⁹.

Las autoridades del Cabildo lidiaron contra los excesos que el ansia de lucro suscitaba en perjuicio de la actividad ganadera, sea en la variante productiva o cazadora; por otra parte, algunos grandes comerciantes eran criadores de ganado, lo que permitió manejar sus negocios mediante una estrategia de diversificación que aventaba riesgos⁵⁰.

Hubo propietarios de estancias con rodeos cuantiosos, lo que realza el alcance que este negocio ejercía entre los productores más dinámicos: el arcediano Lucas de Sosa y

⁴⁸ En 1664 el precio de una res en pie ascendía a 2 pesos y tres reales. Véase Juan Agustín García, *La ciudad indiana. Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, p.91. Cuatro años antes, en 1660, el precio del bovino era de sólo medio peso. Ver Juan B. Rivarola Paoli, *La economía colonial*, Asunción del Paraguay, Litocolor, t. I, 1986, p.295. Sobre la intensa sequía de 1664 y la prohibición de extraer ganado vacuno hacia jurisdicciones vecinas véase Pedro V. Capdevila, *La estancia argentina*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1978, p.325.

⁴⁹ Juan C. Vedoya, *Historia social y económica de la Colonia (Siglos XVI, XVII, XVIII)*, Tandil, Universidad Nacional del Centro, 1985, p.108.

Escobar, dueño de un campo en el pago de Luján, poseía en 1650 un stock de “diez mill bacas”, si bien dos años después una epidemia redujo este enorme plantel a menos de 100 cabezas⁵¹. La pestilencia cobró vidas humanas y denota su magnitud cuando se analiza el impacto devastador entre los efectivos africanos afectados a las labores domésticas de Buenos Aires: en pocas semanas perecieron (fiebre tifoidea) 200 esclavos de las familias más ricas⁵².

Herederos de estancias y chacras ubicadas en cercanías de la ciudad, el alférez Roque de San Martín y su esposa María de Umanes formalizan un contrato de fletamento que aporta evidencia sobre su patrimonio bovino: poseían 14.000 vacas y un número indeterminado de toros y novillos; conducidas al Perú en 1653 por los hermanos Pedro y Alonso de Fuentes y Alvarado, el documento consigna que esta transacción obedecía a “la poca saca y consumo” registrados en años precedentes⁵³.

De otros grandes criadores no poseemos datos de su stock ganadero, aunque sobresale el tamaño del predio explotado: en 1640 el capitán Pedro de Giles fue beneficiado con una vasta extensión de tierras, una merced de 21 leguas cuadradas en el pago de la

⁵⁰ Es el caso de Miguel de Riblos, comerciante mayorista, fletero y criador de ganados. La actividad pecuaria se efectuaba en estancias de Luján y Arrecifes, propiedad de su esposa doña Gregoria Silveyra. AGN, *Acuerdos*, t. XV, pp.196-197. Acta de 1 de abril de 1678.

⁵¹ AGI, Charcas 139.

⁵² AGN, Sucesiones 6369. Sucesión de Juana Heredia (1652).

⁵³ AGN, IX, 48-5-2. Contrato rubricado el 31 de octubre de 1653.

Magdalena⁵⁴; la explotación organizó la crianza de ovinos y vacunos en línea con el sistema productivo que los principales estancieros adoptan para mejorar su desempeño.

Pese a los riesgos de una actividad efectuada en espacios sin cercos, la ganadería ofrecía rentabilidad con ayuda de versátiles manejos y eficacia organizativa⁵⁵; se infiere esto de las existencias que revela el establecimiento de doña Ana de Matos, en el pago de Luján, quien en 1678 declara poseer un plantel vacuno que sumó de "...quatro a cinco mill cavezas y entre ellas hasta mill y quinientas poco mas al pareser de buena calidad"⁵⁶. Otros productores reunieron rodeos más modestos, pero no fueron escasos los que contabilizaban el millar de animales⁵⁷.

Aunque la economía ganadera concentró su operatoria en los mercados regionales, el negocio de cueros dependió en gran medida de las transacciones de comercio exterior, que exigía un insumo básico para viabilizar sus rubros exportables: la sal. De primera importancia para conservar carnes y corambre -entre múltiples usos- en torno al tráfico de este insumo compitieron intereses cuyo protagonismo adquiere un papel clave en el estudio interpretativo.

⁵⁴ *Registro Estadístico de Buenos Aires*, t. I (1863), Buenos Aires, 1864, pp.40-43. Documentos relativos a la merced de 27 de noviembre de 1640. Ver asimismo Antonino Salvadores, *Ensayo sobre el Pago de la Magdalena durante el siglo XVIII*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1930, p.14.

⁵⁵ Estaba extendido el uso de marcas de hierro y el control de las haciendas se vio beneficiado por "la formación de aguadas naturales llamadas *rincones* o *rinconadas*, con excelentes condiciones de seguridad para la cría de ganado, ya que evitan su dispersión a consecuencia, generalmente, de las prolongadas sequías". Ver Noel H. Sbarra, *Historia de las aguadas y el molino*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, pp.23-24.

⁵⁶ AGN, *Acuerdos*, t. XV, p.196. Acta de 1 de abril de 1678. El testamento de Ana de Matos proporciona valiosa información sobre el perfil de su patrimonio rural. AGN, IX, 48-8-4.

⁵⁷ *Ibid.* El mencionado Miguel de Riglos era propietario, en 1678, de 2.500 cabezas de ganado vacuno. En 1642 el general Pedro de Rojas y Acevedo poseía 3.500 bovinos en su estancia de Magdalena. Ver

El movimiento portuario introdujo necesidades nuevas y la sal era un crítico recurso que, aunque se importaba de España, resultó insuficiente para compensar las presiones impuestas a la plaza naviera; la expansión holandesa originó toda clase de negocios y los poderes públicos claman por aliviar el corsé que el carácter de puerto semicerrado inhibe el potencial exportador de Buenos Aires.

El comercio exterior movilizaba las actividades del entorno, pues la ciudad recibía bienes agropecuarios de un extenso *hinterland* y se enlazó con Sevilla a través de un restrictivo circuito oficial: el navío de registro. En 1660 propuso al Consejo de Indias que autorice un número superior de bajeles hacia el Río de la Plata, para posibilitar la exportación de

Cueros de toro... Sebos grassas carnes saladas *que todo se vende á los navios* y faltando estos emos de perecer o passar desnudos y descalssos⁵⁸

El pedido encuentra un cauce propicio, por cuanto el Consejo se muestra receptivo a otorgar flexibilidad al régimen de licencias que organizaba el tráfico metropolitano con la colonia, y en 1661 habilita dos navíos de permiso⁵⁹. Pero la actividad de Ignacio de

Alfredo Juan Montoya, *Cómo evolucionó la ganadería en la época del Virreinato*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1984, pp.42-43.

⁵⁸ Roberto Levillier (dir.), *Correspondencia de la Ciudad de Buenos Ayres con los reyes de España. Cartas del Cabildo*, Madrid, Municipalidad de Buenos Aires, 1918, t. III (1660-1700), p.3. Carta de Alonso Pastor al rey (24 de julio de 1660). *Cursivas mías*.

⁵⁹ AGI, Contratación 5540. Los navíos pertenecían al capitán Ignacio de Maleo Aguirre.

Maleo no se redujo a introducir mercancía autorizada, sino que extendió su operatoria mercantil con la connivencia de buques extranjeros surtos en el puerto de San Gabriel, lo que precipitó la saturación del mercado local⁶⁰.

La exportación de bienes de la economía ganadera reconoce redes de complicidad y corruptelas para sortear los límites del comercio legal, cuyo arsenal regulatorio perjudica el tráfico de un puerto ajeno al régimen monopólico; no obstante, el afán por mitigar el sistema restrictivo que erosionaba el volumen exportable venció la resistencia de las autoridades peninsulares: una cédula de 1661 facultó el embarque de mercancías en “los navíos de permisión al puerto de Buenos Aires y a retornar la mitad de lo que ellas montaren en plata y oro y la otra mitad en frutos de la tierra”⁶¹.

Entre estos frutos sobresale el tasajo, lanas y harinas; el sebo y los cueros, que también se identifican como *frutos de la tierra*, solían diferenciarse en la nomenclatura comercial: casi siempre aparecen bajo la denominación de “corambre” o “cueros” y “sebo”, mientras que “frutos” remite por lo general a otros bienes agropecuarios⁶². Esta disparidad persiste hasta fines del período colonial, pues en 1791 los apoderados del comercio de Buenos Aires todavía alegaban que los cueros no eran frutos⁶³.

⁶⁰ Raúl A. Molina, *Las primeras experiencias comerciales del Plata: el comercio marítimo, 1580-1700*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Dorrego, 1966, pp.258-259.

⁶¹ *Libros Registros-Cedulares del Río de la Plata (1534-1717)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, v. II, doc. n° 1749, 1987, p.20. Real Cédula al presidente de la Audiencia de Buenos Aires (19 de noviembre de 1661).

⁶² Lanas, harinas, tasajo y cecina solían diferenciarse, aun cuando algunas fuentes aluden al embarque de corambre, sebo y otros frutos, sin precisar en qué consisten “otros frutos”.

⁶³ Pedro Navarro Floria, *Manuel Belgrano y el Consulado de Buenos Aires, cuna de la Revolución (1790-1806)*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1999, pp.80-81; Emilio Hansen, *La moneda argentina. Estudio histórico*, Buenos Aires, 1916, p.93.

El proceso exportador incluyó excedentes rurales que no se redujeron a embarques de cueros, aun cuando este rubro ocupaba cómodamente la delantera entre los productos comercializados por el complejo portuario: Buenos Aires jerarquizó su posición como polo dinámico y atrajo la afluencia de buques extranjeros, creando oportunidades para los negocios de contrabando.

Al amparo del poder público, la apertura comercial se intensificó durante el mandato del gobernador Alonso de Mercado y Villacorta (1660-1663), quien digita el reparto discrecional de favores, avala tratos fraudulentos, legaliza irregularidades y negocia el intercambio con siete navíos holandeses⁶⁴.

En 1666 se acordó la paz entre España e Inglaterra, lo que significó que el Consejo de Indias autorizara a las naves británicas a recalar en el puerto de Buenos Aires, política que buscaba distender la relación sobre bases de cooperación y renovado consenso; y si bien permaneció intacta la prohibición de comerciar, el Consejo dio vía libre a la venta de bastimentos requeridos por la escuadra inglesa, lo que supuso un estímulo para el sostén de la economía salinera⁶⁵.

La amenaza de invasión ultramarina se mantuvo latente y su previsible desenlace (que un gobernador juzgó adverso para los atacantes) remite a disquisiciones geoestratégicas, pues fue evaluado desde una perspectiva que realzaba la importancia de los víveres y

⁶⁴ AGI, Charcas 22. Este informe de José Martínez de Salazar al rey (10 de agosto de 1664) denuncia la operatoria comercial ilícita de embarcaciones holandesas con la complicidad del gobernador Mercado.

bastimentos: la operatividad de la flota enemiga era inviable sin el concurso de suministros pecuarios. En 1673 Martínez de Salazar comunicó a la Corona que

Sin la comunicación de la tierra adentro, indios Pampas y de los ganados no pueden permanecer largo tiempo con sólo los viveres que trajeren en sus navios, con que seran obligados a dejar la tierra⁶⁶.

No obstante, la presencia extranjera fortaleció la dinámica exportadora, por cuanto el flujo naviero prefiguraba posibles negocios, mientras el escenario beligerante parece situarse entre las opciones secundarias. Un informe de los oficiales reales trasluce la libertad de maniobra de una estructura comercial que mucho le debía al tráfico exterior; los agentes explicitan que la fragata *Alcon*, de armadores de Hamburgo, había arribado a puerto para adquirir comestibles y negociar sus efectos, sin que ninguna restricción obstruyera el intercambio ni su partida con los bastimentos pertinentes⁶⁷.

La funcionalidad del complejo portuario exigía optimizar la infraestructura operativa, pues la afluencia naviera movilizó la industria de abastos e involucró bienes prohibidos por las disposiciones legales: de allí el intento de regular el comercio de esclavos y géneros por bastimentos; que la Corona procure limitar este trato resulta sintomático

⁶⁵ *Libros Registros-Cedularios del Río de la Plata (1534-1717)*, v. II, doc. n° 1985, p.78. Real Cédula a los oficiales de la Real Hacienda de Buenos Aires (9 de abril de 1666).

⁶⁶ Enrique Udaondo, *Reseña histórica de la villa de Luján*, Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo, 1939, Apéndice, doc. n° 7, p.253. Carta de José Martínez de Salazar a la reina gobernadora (21 de marzo de 1673).

⁶⁷ AGI, Contaduría 1877. Carta de 23 de junio de 1673.

porque sugiere el alcance del tráfico de productos alimenticios para la navegación oceánica, parte de los cuales se permutaban por mercancías de buques extranjeros⁶⁸.

El reclamo porteño de flexibilizar el tráfico con España sumó aliados en el Consulado de Sevilla, que en 1672 dispuso el envío de dos navíos de 607 toneladas mediante una licencia que habilitó al armador Miguel Gómez de Rivero: la amplitud del tonelaje es un factor de relevancia por cuanto equivalía a cuatro navíos de los reglamentados para el comercio legal con el Río de la Plata⁶⁹.

El proceso de apertura se refuerza aún más cuando la Corona aligera los requisitos de contratación que regulaban el intercambio comercial; cada registro implicó la creación de una compañía o sociedad *ad hoc* que dio cabida a que un notable de la Corte obtuviera la concesión; el paso siguiente consistía en afectar los bajeles necesarios para el transporte, cuyo desplazamiento total tiende a incrementarse desde 1670 hasta una capacidad de 1.600 toneladas⁷⁰.

⁶⁸ Libros Registros-Cedulares del Río de la Plata (1534-1717), v. II, doc. n° 2306, p.160. Real Cédula al gobernador Andrés de Robles (3 de abril de 1675).

⁶⁹ AGI, Charcas 126.

⁷⁰ Pablo E. Arguindeguy, "El Río de la Plata y los avances anglo-portugueses (1600-1776). Expediciones navales", AA.VV., *Historia Marítima Argentina*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales, t. III, 1984, p.115.

Navíos de Registro (1670-1700)

CUADRO I

Tonelaje medio

AÑO	CAPITANES DE REGISTRO	TONELAJE	TOTAL
1672	Miguel Gómez de Rivero	2 navíos/607 tn	1.214 tn
1675	Miguel de Vergara	2 navíos/450 tn	900 tn
1680	Juan Tomás Miluti	2 navíos/950 tn	1.900 tn
1687	Diego de Villatoro	2 navíos/800 tn	1.600 tn
1701	Carlos Gallo Serna	2 navíos/800 tn	1.600 tn

Fuente: AGI Charcas 288



Las necesidades de sal acrecieron conforme se potenciaba la actividad naviera, eje de la industria de abastos. En 1691 el Cabildo informa que junto a la “Venta de las pieles de toro para la carga de los navíos de Rexistros”, se negociaban “otros mantenimientos para

su manutención”⁷¹; aludía, entre dichos bienes, a la carne salada vendida a los tripulantes de bajeles próximos a zarpar.

El abasto de sal procedía de España, pero el producto peninsular ha dejado escasas huellas en la documentación pública, lo que justifica el enfoque adoptado; desde esta perspectiva cabe examinar el circuito que articuló Buenos Aires con las grandes salinas de la pampa, aun cuando el suministro de Sevilla y de Córdoba (Tucumán) intentará ser sopesado en el cuadro general de la circulación. Esta línea de análisis responde a la especificidad del enfoque, pues la dinámica de la economía salinera refleja hacia 1700 el movimiento asociado a los depósitos pampeanos, cuyo influjo en la estructura comercial redefine su papel en el proceso de cambio.

El valor estratégico de la sal se reflejó en su alta cotización, un insumo clave para la logística del transporte marítimo y negocios de exportación por el que competían la industria de abastos y el comercio minorista: el mantenimiento de cueros y carnes absorbía gran parte de la sal traficada en la ciudad y campaña⁷². Sin embargo, es preciso descartar un nexo directo y absoluto entre ambas variables (demanda de sal/exportación de cueros y carnes), a riesgo de incurrir en un determinismo injustificable.

Sí parece plausible que grave una correlación imperfecta (indicativa de las tendencias y comportamientos del flujo naviero) hasta cierto punto distorsionada por los métodos

⁷¹ AGN, *Acuerdos*, t. XVII, p. 372. Acta de 17 de mayo de 1691.

de preservación que, para el caso del cuero, incluyó el simple procedimiento de secado al sol⁷². La importancia de la sal en el curado de las pieles se funda, entonces, en que confería un superior grado de protección contra los agentes deletéreos respecto de los cueros secos, expuestos a la polilla y otros insectos.

La mayor parte de los cueros procedieron de las vaquerías -la caza de ganado cimarrón- actividad que permitió cubrir, asimismo, la demanda de frutos destinados a mercados locales y externos, como la cecina y el sebo⁷⁴; el Cabildo se reservó la potestad de otorgar licencias a los “accioneros”, beneficiarios de derechos legales para la captura de bovinos salvajes⁷⁵. Dominado por el alto comercio, el ayuntamiento porteño ejercía la jurisdicción en el espacio rural y manejaba el abasto público, amén de otras funciones burocráticas en carácter de órgano tutelar de la ganadería.

El valor comercial de los bienes aportados por las vaquerías alivió las necesidades de la ciudad y su entorno, cuya riqueza ganadera comprometía los intereses de una sociedad fuertemente vinculada con estas empresas predatorias; algunas vaquerías sorprenden por su envergadura, como la aprobada en 1665 en favor de doña Catalina de Bentancur para

⁷² Gabriel Darío Taruselli, “Las expediciones a salinas: caravanas en la pampa colonial. El abastecimiento de sal a Buenos Aires (Siglos XVII y XVIII)”, *Quinto Sol*, Instituto de Estudios Socio-Históricos, 9/10, Santa Rosa, Facultad de Ciencias Humanas, 2005-2006, pp.126-127 y 144.

⁷³ Guillermo Furlong S.J., *Las industrias en el Río de la Plata desde la colonización hasta 1778*, Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia, 1978, p.45.

⁷⁴ AGI, Contratación 1698. En 1653 el navío *San Salvador* (300 toneladas) embarcó 1.000 arrobas de sebo con destino a Sevilla.

⁷⁵ Accionero era el vecino que cumplía ciertos requisitos exigidos por el poder público para obtener la licencia que lo habilitaba a cazar ganado en “campos realengos” de la jurisdicción porteña. La tierra realenga era tierra sin dueño particular, es decir, tierra propiedad de la Corona. Obtenía el derecho de “acción” para ingresar a la campaña con una autorización expresa que establecía los meses de enero, febrero y marzo y una cuota (cantidad) prefijada de los animales a capturar, y transmitía su derecho por

“...baquear de la otra banda del Saladillo de la jurisdicción de esta ciudad hasta cantidad de seis mill bacas alegando ser accionera antigua”⁷⁶.

La competencia para obtener permisos de vaquería o ampliar los existentes se tradujo en tensiones que revelan una estructura de poder trasvasada por intereses corporizados en una peculiar organización estatal. Desde su constitución, el Cabildo fue cámara de resonancia de los conflictos que agitaban a los pobladores de la campaña, cuyas quejas reflejaban dificultades para estabilizar rodeos semisalvajes y resistir hurtos perpetrados por estancieros locales y de distritos vecinos, resintiéndose el abasto urbano.

La captura de hatos cimarrones era también aprovechada para apropiar el ganado manso de los establecimientos más alejados, generando un clima de alteración entre los estancieros. Ante este contexto fustigan

Los exçessos de la gente de Cordova Y passageros Mendocinos Y se obiaran muchos Disgustos y Latroçinios que experimentan Algunos estancieros que procuran Tener Rodeo en sus estan.as que Como El ganado es Unico y los que lo Tienen pocos se lo Urtan y destruién en menos Tiempo que Tardo en aquerenciarse y Resultta grandes ódios entre Ellos⁷⁷.

herencia, donación o venta. Ver Emilio A. Coni, *Historia de las vaquerías de Río de la Plata, 1555-1750*, Buenos Aires, Editorial Platero, 1979, p.14. Primera edición 1930.

⁷⁶ *Acuerdos del Extinguido Cabildo*, (Publicados bajo la dirección de Vicente Fidel López), Buenos Aires, Libro IX, 1895, p.257, Acta de 14 de septiembre de 1665.

⁷⁷ AGN, *Acuerdos*, t. XVIII, 1925, p.222. Petición del procurador general sobre el ganado vacuno (23 de abril de 1694).

La política que promovía la multiplicación de rodeos bovinos se manifestó en las iniciativas del Cabildo, sensible a las presiones de un negocio con fuerte impacto en la actividad económica; mejorar el procreo era imperativo para encauzar el proceso de cambio, lo que exigía de los estancieros un mayor grado de acatamiento a las directivas emanadas del poder público.

En 1669 el cuerpo capitular desliza su escepticismo respecto de aquellos "...vecinos que tubieren estanzia poblada... (pues) estaban obligados a tener y dejar en ellas dichos ganados para su conservazion manteniendo Rodeo en la cantidad que sea bastante"⁷⁸.

Acrecentar los rodeos devino entonces crítico para el suministro de carne fresca como a efectos de posibilitar la elaboración de comestibles destinados al flujo naviero; el abasto de sal cubría requerimientos del tráfico marítimo y su desempeño remite a procesos poco conocidos, en cuyo despliegue campean factores que desdibujan el intento de identificar una tendencia definida. El acarreo y comercialización de sal desde las pampas de Buenos Aires y desde Córdoba respondían a imperativos de la plaza portuaria y sus negocios de exportación, donde la industria de bastimentos jugaba un rol nada modesto en la vida económica de la ciudad y su entorno.

Los vínculos con la campaña se intensifican tan pronto el comercio atlántico del Río de la Plata fortaleció su apertura, fenómeno inherente a la operatoria contrabandista de metales preciosos como a la exportación de cueros y otros subproductos pecuarios; la

economía urbana dependía del campo tanto como éste precisaba de aquella, un complejo ensamble que permite reformular el abordaje del entramado de actores que intervienen (y en ocasiones compiten) por el acceso a la sal pampeana.

Intereses rurales y dinámica exportadora

El proceso exportador a Brasil y hacia Europa septentrional (intenso desde mediados del siglo XVII) tornó perentorio el acopio de grandes cantidades de sal, no tanto para acondicionar cueros (principal bien exportado) sino básicamente como insumo de la industria de bastimentos. Aunque la mayoría de la corambre se exportaba en estado natural, el empleo de la sal redundó en beneficios para los empresarios del rubro, pues los "cueros al pelo" solían apollillarse y reducían la rentabilidad del negocio.

Si la exportación de cueros cobró impulso al promediar el siglo, ello significa que el tráfico portuario tonificó la plaza naviera, provocando efectos transformadores en la economía: cada buque de 400 y 500 toneladas⁷⁹ (con una tripulación de ciento veinte a ciento cincuenta hombres) movilizaba el sector manufacturero, un circuito de abastos que cubría el embarque de carnes saladas para el viaje de retorno, además de posibilitar la manutención negrera⁸⁰.

⁷⁸ AGN, *Acerdos*, t. XIII, p.178. Acta de 24 de septiembre de 1669.

⁷⁹ Henry Kamen, *La España de Carlos II*, Barcelona, Crítica, 1981, p.208.

⁸⁰ Joseph de Veitia Linage, *Norte de la Contratación de las Indias Occidentales (1672)*, Buenos Aires, Comisión Argentina de Fomento Interamericano, 1945, pp.386-387.

Fortalecida la plaza porteña con la apertura del comercio atlántico, los intereses del negocio de carnes y corambre dinamizan una actividad cuyo carácter predatorio resiente la endeble procreación de los rebaños cimarrones, por cuanto la demanda de cueros aumentó más rápidamente que la capacidad reproductiva del ganado salvaje, lo que afectará la existencia del recurso.

La evolución de la ganadería cimarrona reflejó la trayectoria del proceso de cambio del que era causa, y su incidencia en el tráfico exterior ha sido objeto de tratamiento pormenorizado. El volumen de cueros exportados desde mediados de siglo acusa notorio incremento hasta 1662, para desplomarse a raíz de las severas limitaciones asociadas a la caza del ganado vacuno y, en menor medida, a los azares del movimiento marítimo⁸¹.



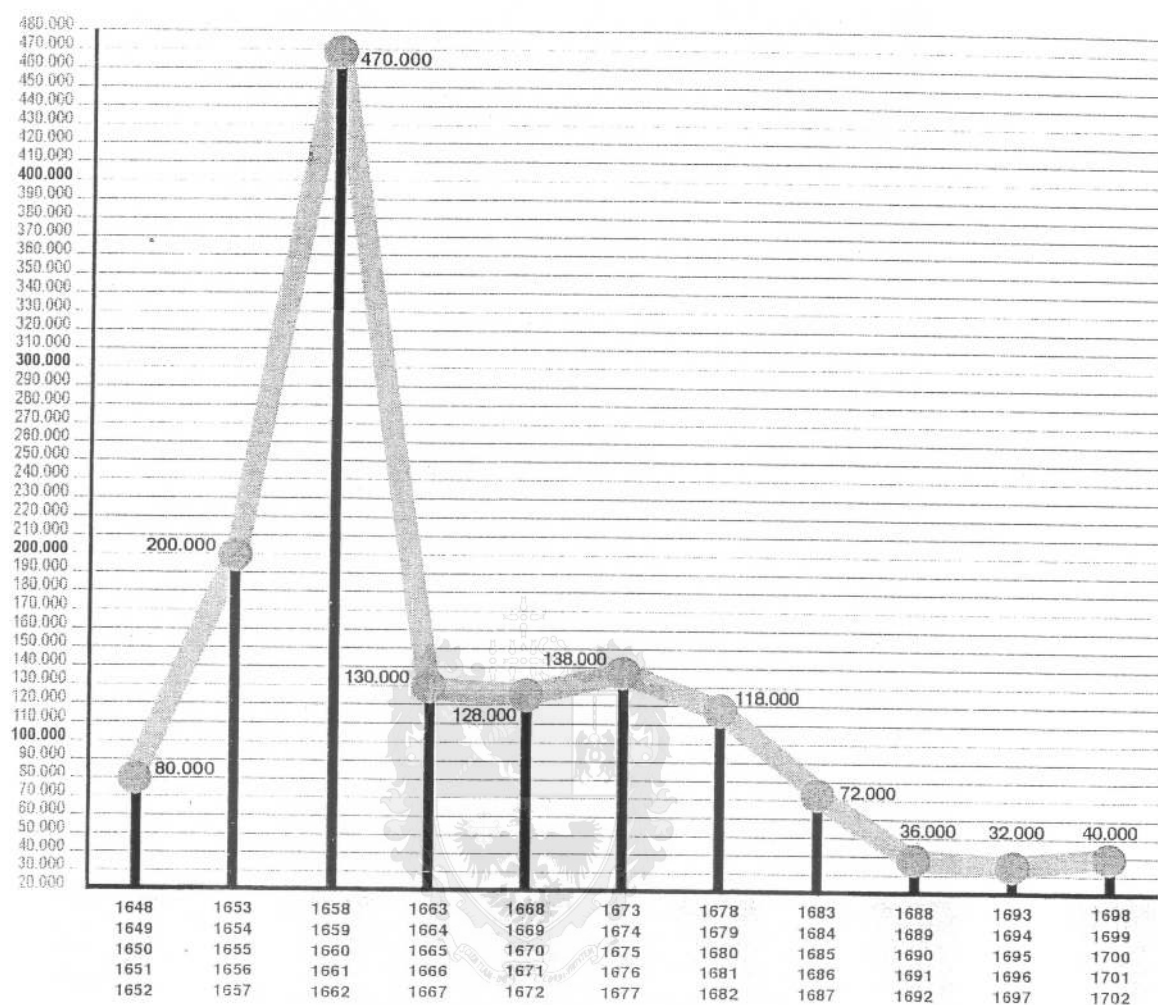
USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

⁸¹ Zacarías Moutoukias, *Contrabando y control*, p.178. Las frecuentes sequías provocaron la mortandad de miles de animales y dificultaban las entradas para vaquear, en gran medida porque los hatos se retiraban "tierra adentro" en busca de aguadas. El surgimiento de un área de circulación indígena en la segunda mitad del siglo XVII fue un factor hasta cierto punto determinante, pues supuso una fuerte competencia por el ganado vacuno y equino, arreado a Chile por distintas parcialidades. No menos perjudicial resultó la injerencia de otras jurisdicciones, como Tucumán, cuyos vecinos "bajaban" a las "Pampas de Buenos Aires" a cazar ganados. Finalmente, era también devastador el accionar de los perros cimarrones. La combinación de estos factores permite explicar, entonces, el acentuado descenso de las exportaciones de cueros a partir de la década de 1660.

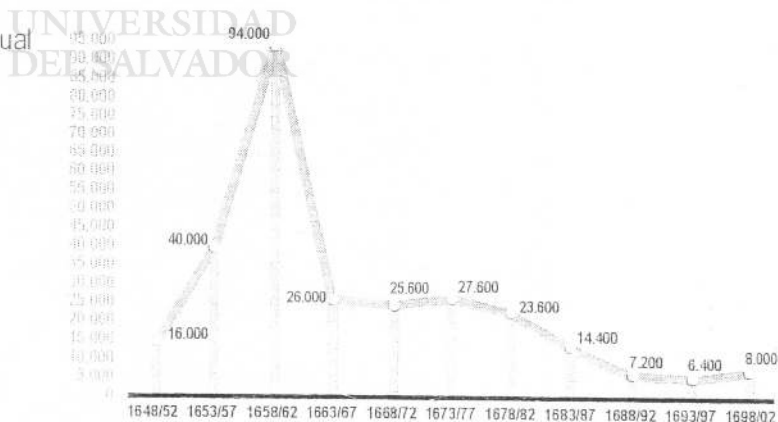
Exportaciones de cueros (1648 - 1702)

GRÁFICO I

Unidades por quinquenio



Unidades por promedio anual



Fuente: Moutoukias, 1988: 178.

De acuerdo a la estructura del comercio exterior, el negocio de bienes pecuarios sobresalía entre las exportaciones del agro, y el rubro de corambre había adquirido

sensible peso en la economía bonaerense⁸². El dinamismo de este negocio obedeció a la demanda europea y a los mayores beneficios que -durante ciertas coyunturas- reportaba respecto de la operatoria del ganado en pie, aun cuando esta última ocupó un lugar muy importante en el tráfico interregional. Un investigador sostuvo que "El cuero valía más que el animal en pie, de la misma forma que hoy cuesta más la madera que el árbol", aserción que es preciso matizar⁸³.

El tráfico de corambre movilizó actores ajenos al alto comercio, aunque la elite no dejó de explotar una posición privilegiada como receptora del reparto de tierras⁸⁴, en la cría de ganados y beneficiaria de la ruta Buenos Aires-Potosí: su manejo hegemónico del aparato burocrático no sólo supuso controlar resortes clave del comercio exterior⁸⁵, sino que la actividad ganadera integró tempranamente su estructura de negocios.

Pese a que el giro ilícito de metales preciosos definía un patrón de acumulación que constituyó el eje económico de la elite porteña, desde mediados del siglo XVII la importancia del ganado vacuno se percibe en decisiones como la pena de muerte para los cuatrerros y la prohibición de uso de marcas y señales no registradas con anterioridad⁸⁶.

⁸² "...uno de los dichos habitantes [de Buenos Aires] me aseguró que se comprometía en proveer todos los años cien mil [euros] si el comercio estuviera abierto". Barthélemy de Massiac, *Plan français de conquête de Buenos Aires*, p.69.

⁸³ Horacio C. E. Giberti, *Historia económica*, p.55.

⁸⁴ Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, *Mercedes de tierras hechas por los gobernadores a nombre del rey*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1979.

⁸⁵ Macarena Perusset, *Contrabando y sociedad en el Río de la Plata colonial*, Buenos Aires, Editorial Dunker, 2006, p.60.

⁸⁶ Rodolfo E. González Lebrero, *La pequeña aldea. Sociedad y economía en Buenos Aires (1580-1640)*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2002, p.134.

Se aprecia asimismo en otras directivas del Estado, que buscó impedir que los pequeños productores organicen sus explotaciones en tierras con dudosos o inexistentes títulos de propiedad, según la denuncia del cabildante y estanciero Juan de Vergara. En 1640 había exigido que el cuerpo capitular interviniera para

que ninguna persona ponga chacara si no fuere presentado primero en este cabildo el título que tuviere de las dichas tierras pena de cinquenta pesos corrientes... y se le derribara lo echo y edificado⁸⁷.

Parte de la producción bovina y mular se dirigía a satisfacer las demandas de la cuenca minera altoperuana, cabecera de un circuito interregional que tuvo, desde fines del siglo XVI, su punto de confluencia en el valle de Lerma, sede de una feria del híbrido. La venta de vacunos en pie en mercados del norte acompañó los ritmos de la actividad argentífera y el negocio, de grandes volúmenes, solía afectar las condiciones de oferta para asegurar el abasto de Buenos Aires. El mencionado mercader francés que visitó la ciudad, Bartolomé de Massiac, describe hacia 1660 una transacción de 12.000 cabezas con destino al Perú, lo que pone de relieve la imbricación de la ganadería bonaerense en el sustento de Potosí y el resto del complejo argentífero⁸⁸.

⁸⁷ AGN, *Acuerdos*, serie I, t. IX, 1911, p.64. Acta de 20 de octubre de 1640.

⁸⁸ Barthélemy de Massiac, *Plan francés de conquista de Buenos Aires*, p.118. Bovinos, al parecer, a medio patacón por cabeza.

Negocios de esta magnitud se calibran en el contexto de una economía que asignó a la producción bovina un lugar significativo, cuyas ventas en el lejano norte computaron miles de animales criados en predios del corredor porteño. La evidencia compulsada reafirma la línea interpretativa: en 1643 estancieros del pago de Luján formalizan la venta de 15.000 cabezas de ganado vacuno a mercaderes del Perú, lo que permite ponderar el alcance de esta operación comercial⁸⁹.

El comportamiento de la elite porteña no se redujo al giro mayorista sino que ganaba proyección hacia el ámbito agrario: entre sus miembros destacaba un hombre de negocios que, mediante compras y merced gubernativa, acumuló un cuantioso patrimonio rural, revelador del perfil de grandes comerciantes proclives a diversificar inversiones: en 1650 el citado Juan de Vergara poseía 38 explotaciones ganaderas que totalizaron la extraordinaria superficie de 100 leguas cuadradas⁹⁰.

No menos activo fue el papel del gobernador, implicado en negocios pecuarios en una escala que desnuda a los dueños del poder obteniendo parte de sus ingresos del tráfico de ganados en pie. El expediente del juicio de residencia de la máxima autoridad, Jacinto de Laríz, demuestra su inserción en el comercio de bovinos con el Alto Perú. En una de las testificaciones se alude a los contratos de venta que Laríz formalizó por la

⁸⁹ Rodolfo E. González Lebrero, "Chacras y estancias en Buenos Aires a principios del siglo XVII", en Raúl Fradkin (comp.) *La historia agraria del Río de la Plata colonial. Los establecimientos productivos II*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, p.108. 5000 cabezas fueron adquiridas por el capitán Juan Martínez Carrillo y las restantes 10.000 por un mercader de Porras.

⁹⁰ José M. Mariluz Urquijo, *El régimen de la tierra en el derecho indiano*, Buenos Aires, Editorial Perrot, 1968, p.41.

cantidad de "...cuarenta mill vacas, ocupando los yndios y sacandoles de sus Reduções para estas faenas de sus Grangerías"⁹¹.

Que el volumen de comercialización bovina con destino a los mercados mineros fue de envergadura se confirma en otros documentos de la época. En 1653 hizo su arribo a Buenos Aires un visitador enviado con el propósito de examinar las cuentas de las Cajas Reales; el funcionario era el capitán Juan Gallinato, cuya misión excedía su actividad fiscalizadora, pues recibe de la Audiencia de Charcas el encargo de negociar una transacción de interés para los criadores porteños: la compra de 16.000 vacunos que debían ser conducidos al Alto Perú⁹².

Tales guarismos aportan valiosa evidencia respecto de la vitalidad y performance que la cría de bovinos exhibía hacia mediados de siglo. Ello sugiere el acentuado dinamismo que experimentaba la producción, por cuanto respondía a las exigentes demandas de los mercados regionales: en 1664 el gobernador de Buenos Aires acredita la importancia del volumen comercializado, cuando informó sobre la extracción anual de 10 a 20.000 cabezas de ganado vacuno con destino a Chile y Perú⁹³.

Los ganados vendidos en Perú solían eludir los dispositivos de fiscalización y control, según surge de una protesta del Cabildo. En 1663 el ayuntamiento formula advertencias por las irregularidades detectadas en el proceso comercial, y anuncia sanciones para que

⁹¹ Enrique Peña, *Don Jacinto de Laríz. Turbulencias de su gobierno en el Río de la Plata, 1646-1653*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, Apéndice nº 6, p.168.

⁹² *Ibid.*, p.64.

“...no se defrauden los reales derechos a su majestad ni se extravíen haciendas de contravando en perjuicio de su Real aver”⁹⁴.

El negocio ganadero ejercía fuerte incidencia en los ingresos medios de gran parte de la población, y su peso en la estructura de poder debe ser recalibrado. Un documento de 1661 viene en ayuda y arroja luz respecto del colectivo social que operaba en actividades pretendidamente “marginales”. La información proporcionada por el sargento mayor Francisco Velázquez a solicitud del Cabildo refiere que “...los ganaderos son mas de ciento y cincuenta en este puerto Con mucho numero de ganado”⁹⁵.

Ciento cincuenta ganaderos parece dar cuenta del sector productivo más encumbrado, que entendemos remite al reconocimiento de los grandes y medianos criadores, pues el texto sugiere este extremo a propósito del “mucho numero de ganado”, lo que torna improbable que los pequeños fueran computados; este reconocimiento crea interrogantes a la hora de evaluar su influencia entre los dueños del poder, cuyo predominio mercantil no inhibía su perspectiva inversora en inmuebles rurales.

Si entre los beneficiarios de campos realengos aventajaban los principales vecinos y en 1677 Andrés de Robles apuntó que la “república no pasa de 250 vecinos”⁹⁶, cabe suponer

⁹³ AGI, Chancas 279. Carta de José Martínez de Salazar al Consejo de Indias (16 de junio de 1664).

⁹⁴ *Acuerdos del Extinguido Cabildo* (Publicados bajo la dirección de Vicente Fidel López). Libro VIII, 1894, p.321. Acta de 16 de junio de 1663.

⁹⁵ Roberto Levillier (dir.), *Correspondencia de la Ciudad de Buenos Ayres*, t. III, p.16. Informe de Francisco Velázquez (9 de febrero de 1661).

⁹⁶ AGI, Chancas 279. Carta de Andrés de Robles al Consejo de Indias (15 de noviembre de 1677).

que una parte de los grandes criadores pertenecía al reducido elenco de notables, miembros de la elite y activos en las instituciones del Estado.

Presunción que el aval empírico no hace sino refrendar, pues el acceso a la propiedad de “haciendas de campo” solía efectivizarse de la mano del poder público (mercedes de tierras concedidas a vecinos influyentes): entre los criadores importantes se distinguen empresarios como don Juan de Vergara, lo que permite postular la tesis de una temprana inserción de figuras de la elite en actividades agrarias y negocios afines⁹⁷.

La inserción de Juan de Vergara en la economía ganadera surge de la red de negocios que manejó durante su exitosa trayectoria, visible en toda clase de operaciones con mercados regionales y externos; la escala productiva de sus chacras y estancias se evalúa a partir de los datos provistos por su testamento: en 1649 declaró poseer 5.750 ovejas y 5.150 cabezas de ganado bovino⁹⁸.

Esta evidencia permite revisar los supuestos del paradigma dominante, que minimiza el peso de la producción vacuna y lanar en los siglos XVII y XVIII y desestima el imbricamiento de la elite en el medio rural; sugiere repensar la función de los mercados andinos (Chile y Alto Perú) en la formación de la economía ganadera⁹⁹ y rescata el desempeño del poder público, en modo alguno ajeno al círculo de intereses que operaba

⁹⁷ Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, *Mercedes de tierras hechas por los gobernadores a nombre del rey*, pp.70-74 y 76-77.

⁹⁸ *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, v. XXIV-XXV, 1950-1951, pp.79-102. Testamento de Juan de Vergara (1649).

⁹⁹ Bernard Slicher van Bath, *Real Hacienda y economía en Hispanoamérica, 1541-1820*, Amsterdam, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, 1989, pp.142-143. Según la tesis de este autor el